

[Jueves 18 de agosto de 2011] Sexto capítulo de la novela inédita *Arroyo Seco*

■ ■ J.R.M. Ávila*

En el cuarto sólo se escucha tu leve respiración, mientras afuera, a dos cuadras, se reanuda el tráfico sobre la avenida Eloy Cavazos. Te despiertan los golpes que alguien da en el portón de la calle y en lo primero que piensas es en la patrulla. Recuerdas el número y lo dices en voz alta: 4343. Desnudo todavía, te asomas por la ventana y, con alivio, descubres que es el vecino de enfrente, el que se ha designado a sí mismo juez auxiliar. Le pides que espere un momento, te vistes con pantalón corto, playera y tenis. Ya abajo, notas que no llevas las llaves y vuelves por ellas.

Para cuando abres y llegas al portón, sudas. Tras el obligado saludo, el hombre dice ansioso: “¿Qué se había hecho, vecino? Vinieron unos polis varias veces a buscarlo”. Sin responder, aún mozdorro, asientes con la cabeza y frunces el ceño como si te sorprendieras. “No quisieron decir para qué lo buscaban, les pregunté si traían algún comunicado para usted, pero dijeron que no, que luego volvían, que no era algo de la justicia, que era más bien personal. Y como usted se desapareció todos estos días...”.

“Estoy muy desvelado y quisiera seguir durmiendo”, dices. El vecino se te queda viendo, como si sospechara alguna fechoría tuya. “Disculpe que lo haya despertado, pero ya sabe, uno se preocupa por los vecinos, y como pensé que le había pasado algo, anoche que vi encendida su tele, me dije: ‘Ya volvió el vecino de enfrente. En la mañana paso a saludarlo y a ver si se le ofrece algo’”.

“No, estoy bien. Le agradezco mucho que se haya preocupado por mí. Pasó algo sin importancia que me mantuvo fuera, pero ya se arregló”, le dices con la mayor tranquilidad de que puedes hacer acopio.

“Qué bueno, vecino”, dice él, “lo que pasa es que están sucediendo tantas cosas que uno ya no sabe cómo zafarse de ellas”.

Como nota que nunca vas a preguntar por lo que está sucediendo, continúa: “Nada menos, hace una semana llegó un convoy del ejército cateando las casas. La gente, ya ve cómo es de confiada, abrió las puertas porque nada debe y nada teme... ¿No le molesta que fume?”. Por supuesto que te molesta, pero le dices que no, y el hombre saca un cigarro y lo enciende.

“Pues sí, vecino. Llegaron los soldados. Entraron y revolvieron cajones sin molestarse en cerrarlos de nuevo, tiraron todo a su paso y no lo recogieron, trataron a cada persona como si fuera una cosa más en la casa. La viejita que vive sola se salvó porque les dijo que preguntaran lo que quisieran, que ella sabía todo sobre nosotros, pero prefirieron irse a otra casa. Si se fija, a la casa de usted le pusieron una marca de que quedaba pendiente, mire”, dice mientras te muestra una tacha en el frente.

El vecino da una fumada larga a su cigarro y sigue: “Nomás uno de los vecinos se negó a dejarlos entrar, alegando que no tenían derecho a hacerlo sin una orden escrita. El jefe del comando no intentó convencerlo. Le dio la razón, estaba en su derecho. Y ordenó a los soldados que se retiraran de esa casa y continuaran con la de al lado. Pero antes de irse, el comando plantó en su puerta un pegote con la palabra: Sospechoso. Y la gente, apenas se fue el comando, se soltó, que tan buena gente que se veía, que se le hacía mucha casa y mucho carro para un trabajo tan mal pagado como el que tiene, que parecía que no rompía un plato y mira en lo que vino a parar, que como vivía solo, quién sabe qué cochinas haría sin testigos, que ya se sabe que los solos son los más mañosos, que en un descuido hasta maricón salía. Dejaron de hablar de él cuando alguien dijo: ‘No vaya a ser sicario y se desquite con nosotros’”.

*Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

Otra larga fumada al cigarro y continúa: “Para no hacer largo el cuento, la amabilidad terminó. En la tienda le arrojaban el cambio de su compra en el mostrador. En la calle, la gente que lo veía pasar en su caminata diaria no le regresaba el saludo. Vecinas y vecinos volteaban la cara hacia otro lado. Antier regresó el ejército y al hombre no le quedó más remedio que dejarlo pasar. Le encontraron droga y armas, ¿usted cree?”.

Te encoges de hombros, en tanto vuelve a dar una fumada: “En estos días que usted se desapareció”, dice, y en este momento, más que en ti, piensas en la muerta, en la mujer que en sueños parece haber venido a despedirse de ti y a quitarte de encima cualquier duda que pudieras tener, “han pasado cosas muy feas, vecino. Por ejemplo, no sé si se acuerde de unos veladitos que nomás se la pasan de malhoras con toda la gente de esta y de otras colonias. Antier estuvieron sentados aquí, enfrente de su casa, hasta que llegó una granadera y se fueron muy escurriditos”.

Como no das señal de saber de quiénes te habla, continúa: “Son tres que se la pasan hostigando a la gente, roban casas, asaltan a quienes se topan con ellos en la calle. A mí, por ejemplo, me estrellaron un vidrio de la camioneta, ¿Se acuerda de ellos?”.

Pones cara de no estar seguro. “Dicen que lo último que hicieron fue violar a una muchacha en la colonia de al lado. Esto debe haber sido la noche del sábado al domingo. Bien a bien, no se sabe, nomás son rumores. Lo que no se explica la gente es que a la mujer que violaron la hayan ido a tirar hasta Arroyo Seco. Dicen que ayer la sacaron ya podrida de un charco. Para acabar pronto, el caso es que después de que salió la noticia de la mujer en el periódico, no se les ha vuelto a ver”.

Te sorprendes sin mostrarlo. ¿Cómo puede estar enterado de tantas cosas si en el noticiero aseguraron que no hay manera de saber cómo murió la mujer? Esperas que diga más, pero se detiene y parece estar rastreando algo en tu rostro. “¿Y por qué me lo cuenta? ¿Qué tiene qué ver conmigo?”, le dices para que interrumpa sus sospechas.

“No, yo nomás se lo digo porque ya ve que vinieron a buscarlo y pienso, no vayan a querer embarrarlo. Nada más, no es por afán de molestar. Y si lo ofendí, le pido que me disculpe, porque no lo

hice por mal, sino por su propio bien, y como vecinos que somos y nos merecemos respeto”, dice como si se sintiera dolido, se despide y se encamina a su casa. “Disculpe, vecino”, le dices, “es que no he dormido bien y ando que cualquier cosa me molesta”.

“Gracias. No tiene por qué disculparse. Ya sabe que aquí tiene, más que un vecino, un amigo. Por cierto, a ver si el fin de semana nos acompaña. Vamos a celebrar mi cumpleaños con una carnita asada y unas cheves bien frías, ¿cómo ve?”. Le agradeces, pones como pretexto el exceso de trabajo, pero de antemano le deseas un buen cumpleaños. Y se despiden y se encamina a su casa mientras cierras el portón.

Subes con lentitud, pero ya no duermes. Te la pasas viendo televisión en busca de noticias sobre la muerta y en cambio encuentras una sorpresa: “Y en otra información, hoy por la madrugada, en un arroyo sin nombre que se localiza en los límites de los municipios de Guadalupe y Juárez, se encontraron los cuerpos de tres jóvenes. Elementos de seguridad del Estado, relacionan este hallazgo con el cadáver de una mujer que fue encontrado ayer por la mañana. Se presume que estos jóvenes violaron y asesinaron a la mujer, para abandonarla luego en un estancamiento de agua que se encuentra en Arroyo Seco, a la altura de la Avenida Revolución, en Monterrey. Le daremos más detalles en cuanto contemos con ellos... Y pasando a noticias deportivas, le informamos que el equipo Tigres...”.

Buscas en más canales de la localidad y encuentras la misma noticia, casi con las mismas palabras, como si un solo reportero hubiera cubierto la nota y se la hubiera pasado a los demás. Lo único distinto en cada canal, son las imágenes con que se ilustran los hechos. Por ahora, lo importante para ti es que al menos de esos tres ya no tienes qué preocuparte.

Escuchas a lo lejos la voz de un vendedor. No distingues lo que dice hasta que entra a la calle en que vives y grita: “¡Ay, qué feo! ¡Los narcos se echaron a unos malandros de la colonia de al lado! ¡Vea usted las espeluznantes fotos de los decapitados!”. Los ojos casi se te botan de las órbitas cuando escuchas eso. ¡Decapitados! Y sin pensarlo bajas y compras un ejemplar.

Como en la televisión, las palabras se repiten casi con el mismo formato, pero se utiliza un lenguaje jocoso, burlón, como si la muerte de los violadores fuera una broma. Las imágenes son crudas. Los tres cuerpos alineados, dos de ellos con la cabeza colocada entre el tronco y el brazo derecho. El tercero, con la cabeza casi desprendida del cuello, tiene en el pecho, clavado con un picahielos, un papel en que se lee: PA QUE NO ZE METAN CON NOZOTROZ.

Todo el cuadro, aderezado con un reguero de sangre. Te quedas como hipnotizado, tu mirada va de una cabeza a otra y a otra, y a la nota clavada con saña en el pecho. Después de mucho rato, sin darte cuenta de que lo has pensado, exclamas: "Sigo yo", y un temblor incontenible te sacude porque tienes la plena seguridad de que el autor de las ejecuciones no ha sido el narco.

Han sido los policías de la 4343. Vendrán por ti y lo sabes. Te pasas el día dándole vueltas a esa certeza. Te parece demasiado elaborada una muerte así, como para que el narco se la haya aplicado a tres mandros de poca monta. ¿Será posible que estos policías no teman ni a los cárteles? Ese tipo de muerte es para quien traiciona, para quien pertenece al cártel contrario, para quien falta al código del narco, pero no para tres pobres diablos que iban haciendo daño sin ton ni son, según se les ocurría cada trastada, sin detenerse a pensar si era lo mismo tocar el timbre y echarse a correr, que violar a una mujer que veían pasar y se les antojaba.

Hace poco tiempo, no resultaba difícil saber quiénes estaban en el bando de los mandros y quiénes no: lo afirmabas sin temor a cometer algún equívoco. Pero ahora no puedes afirmar de manera terminante que soldados y policías sean completamente buenos, ni que narcos y sicarios sean absolutamente malos.

Por eso sientes temor al leer en el periódico que el ejército ronda Montemorelos de manera permanente y blindado al ya no tan mágico pueblo de Santiago, que hay helicópteros realizando labores de vigilancia en el área metropolitana de Monterrey, que más de mil trescientos elementos de la Agencia Estatal de Policía y de las Fuerzas Militares de Apoyo deambulan por calles y avenidas, que la Secretaría de Seguridad Pública se encuentra en constante

patrullaje por doquier. Tu temor no es irracional ni gratuito después de que los noticieros y los diarios se han poblado con muertes "colaterales" a los enfrentamientos entre narcos, policías y soldados (a veces no sabes quién contra quién).

Pero en lo que te amenaza no hay engaño. Han sido los tripulantes de la patrulla 4343 quienes armaron todo, para que se confunda a mandros con narcos y que nadie sospeche de ellos mismos, que pertenecen al gremio de la ley. ¿Qué puedes hacer? ¿Denunciarlos? ¿Con quién? ¿Atacar a los cuatro? Ni con poderes de superhéroe podrías contra todos. Tal vez enfrentando a uno por uno podrías hacer algo, pero nunca se separan.

El resto del día dormitas a ratos, con sueño poco profundo. Ahora el peligro no se encuentra en el fondo de una pesadilla, ahora te aguarda al borde de la realidad. El sueño profundo llega casi al anochecer, te lleva a la inevitable pesadilla. En ella flotan las cabezas sin cuerpo de los violadores. Van y vienen con ojos desorbitados. No pueden creer que de ellos no queden sino cadáveres incompletos. No pueden creer que hayan sido decapitados.

Los ves dirigirse hacia un montón de cuerpos desnudos y sin cabeza. Está claro que, entre tantos cuerpos, no reconocen a los que tuvieron en vida, pero, además, todo cabeza como ahora son, a falta de brazos o piernas, no tienen manera de moverlos más que a toques, para intentar reconocerlos. Podrías apostar que no serían capaces de reconocerlos aunque se encontraran los de ellos tres en el montón.

Y apenas piensas eso, los ves peleándose por uno de los cuerpos, ante la perspectiva de conseguir uno mejor que el que poseían mientras vivieron. La imagen es patética. Una tras otra, las cabezas tratan de acoplarse a un cuerpo que no les va ni por la complejidad ni por el color de la piel. Terminan dándose toques, en movimiento retardado, dos contra uno, uno contra dos, uno contra uno, todos contra todos.

Si no fuera pesadilla resultaría cómico. De hecho, estás tenso, temblando ante lo que ves. Nada de cómico tiene para ti ver tres cabezas degolladas, golpeándose entre ellas, en la disputa de un cuerpo que no les pertenece. Para empeorar la situación, llega un momento en que reparan en tu presencia, dejan de disputar y te miran con odio,

como recordando que, si no los hubieras descubierto violando a la mujer, aún conservarían la vida.

“¿Ya vieron quién está aquí?”, dice uno de ellos. Otro contesta: “El que nos atacó”. “El que nos descubrió con la mujer”, dice el tercero. “Por tu culpa nos pasó esto”, dice el primero, señalándose la cabeza con los ojos de una manera grotesca. Una cabeza se acerca vertiginosa y te suelta con una sonrisa malévol: “Sabemos dónde vives”. Otra llega rauda y recalca: “Sí, sabemos dónde vives, lo sabemos”. La última casi se estrella en tu rostro: “Claro, sabemos dónde vives y nos vamos a vengar”. A coro, las tres cabezas exclaman: “¡No descansaremos hasta verte también sin cabeza!”.

Reculas tratando de evadirte y gracias a ello topas de espaldas en el límite de la pesadilla y escapas de ella. Despiertas aterrado, sudando, sediento, con ganas de orinar. Apenas alcanzas a llegar al retrete para desahogar tu urgencia. Poco a poco desaparece el terror, como si lo desalojaras de tu cuerpo en forma líquida. El alivio se extiende hacia el cuerpo entero. Al menos todavía estás completo.

Entras al baño y accionas la regadera. El agua te despoja de sudores, de una modorra incontinente y de los absurdos en la pesadilla, pero evidencia tus dolores. Sientes molido el cuerpo entero. Descubres las muñecas llenas de magulladuras y raspones. Es muy probable que el vecino lo haya notado y eso te inquieta. Sobre todo, porque no preguntó sobre eso. Ni modo, ya no tiene remedio.

Ahuecas las manos y bebes el agua que en ellas se acumula, no sabes cuántas veces, hasta que la sed se desentiende de ti. Por mucho rato te abandonas al chorro de la regadera y no lo cierras sino en el momento en que sientes que el estómago te reclama porque no has comido.

Son las once de la noche y sabes que la colonia se encuentra casi desierta, que apenas transitan vehículos por la avenida, que no hay gente caminando por las calles de los alrededores, que ni por un instante puedes exponerte a que te vean, que a la vuelta de cualquier calle puede acechar la bestia que ahora sólo tiene cuatro de las siete cabezas. Pensando esto, descubres un resquicio de esperanza, consciente de que no te puedes exponer.

Buscas entre los promocionales que llegan semana tras semana y encuentras teléfonos de

taquerías. Llamas a una de ellas, pides dos órdenes de tacos, dos refrescos y cambio de doscientos pesos. Apenas llevas cinco minutos acomodado frente al televisor, viendo una película empezada, cuando escuchas una moto que frena y se estaciona frente a tu casa.

Ni siquiera enciendes la luz para bajar la escalera, mucho menos la del porche para que el motociclista no te identifique. A duras penas saluda entre dientes, en silencio te entrega el pedido, los refrescos y el cambio del billete que le tiendes. Después se va. Es todo. A nadie le importa tu vida. Si acaso les importará a los policías de la 4343. Tienes la sensación de que esto ya lo has pensado antes, no sabes cuándo.

En menos de quince minutos das cuenta de tacos y refrescos y quedas repleto hasta el dolor. Como siempre que comes así, terminas recriminándote por abusar de la capacidad de tu estómago, pero ya no hay manera de volver atrás.

De repente reparas en un rumor constante. Parece el del motor de un vehículo estacionado. No acelera, no disminuye, se mantiene encendido, nada más. ¿Serán ellos? Apagas las luces, te asomas y ves una camioneta blanca frente a tu casa. Bajas y no encuentras más que el mismo rumor que no se detiene ni acelera. Reniegas porque su presencia no te permite tranquilidad.

No debes quedarte aquí. Si lo haces acabarás muerto y ni cuenta te darás. Tienes que huir lejos de estos rumbos, tal vez irte a otro estado, dirigirte a algún pueblito en donde jamás te encuentren, en donde tus cuatro enemigos te olviden, en donde ni vecinos actuales ni vecinos futuros quieran saber de ti.

Colocas el maletín verde sobre la cama y acomodas todo con mucho cuidado, para que quepan más cosas: dos mudas de pantalón y camisa de manga larga para que nadie note tus muñecas maltratadas, ropa interior, calcetines, pasta y cepillo dentales, peine, tenis, teléfono y cargador, un libro casi al azar. Cualquiera diría que estás por emprender un viaje de al menos una semana. Deberías cargar con pasaporte y visa porque hoy en Estados Unidos es más seguro viajar que por las carreteras de México.

Cuando terminas de atarte las cintas de los zapatos, se escucha enfrente una sirena corta. No hay tiempo que perder con el maletín, sabes que ya no vale la pena llevarlo contigo, casi te caes al bajar corriendo por las escaleras, abres nervioso la puerta del patio y antes de brincar la barda te encuentras con que dos de los policías te están esperando.

“Se acabó, hasta aquí llegué”, piensas. Quisieras gritar pidiendo auxilio, aullar que te están secuestrando, pero no lo consigues y terminas por no resistirte. “Hasta aquí llegué”, dices en voz alta y te dejas conducir a empellones a la 4343, mientras de reojo alcanzas a ver la enorme camioneta blanca que mantiene encendido el motor y los faros apagados.